

dejándole como muerto. Pero Jesús, cogiéndole de la mano, le ayudó á alzarse y se levantó. Despues de esto marchó el Señor con sus discípulos y atravesó la Galilea, sin querer darse á conocer de nadie. Entretanto (1) iba instruyendo á sus discípulos, y les decia: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y le darán la muerte, y despues de muerto resucitará al tercer dia. Los discípulos empero no comprendian como podía ser esto que les decia, ni se atrevian á preguntárselo. En esto llegaron á Cafarnaum; y estando ya en casa, les preguntó: ¿De qué ibais tratando en el camino? Mas ellos callaban, y es que habian tenido una disputa entre sí, sobre quién de ellos era el mayor de todos. Entonces Jesús sentándose, llamó á los doce, y les dijo: Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos, y el siervo de todos.

Otro dia estando Jesús de vuelta en Jerusalem enseñando al pueblo, los escribas y fariseos le presentaron (llevándola presa), una mujer cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le digeron (2): Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés en la ley nos tiene mandado apedrear á las tales. ¿Tú á esto qué dices? Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle. Pero Jesús, como desentendiéndose, se inclinó hácia el suelo, y con el dedo escribia en la tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: «El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra; y volviéndose á inclinar continuaba escribiendo en el suelo. *Qué escribiera Jesús, no lo sabemos; lo cierto es,* que se iban descabullendo uno tras otro (dice el Evangelio), comenzando por los mas viejos, hasta que dejaron solo á Jesús, y á la mujer que estaba en medio. Entonces Jesús enderezándose, le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesús, compadecido, le dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques mas en adelante». De suponer es, mis amados, que esta mujer pecadora estaría arrepentida de su delito, y ninguna dificultad halló nuestro divino Redentor para perdonarla. Es justamente lo que el Señor desea; no manifestó extrañarse de que aquella mujer pecara, era una de las ovejas escarriadas que el pastor divino venia á buscar, la halló, la acarició, la perdonó, y con esto manifestó el principal objeto de su venida al mundo. Si: á buscar pecadores arrepentidos vino, y como hizo con la adúltera mujer, hace con todos nosotros si contritos y humillados le pedimos perdon. *No os condenaré,* nos dice por medio de sus ministros cuando debidamente nos

(1) *Id.*, v. XXX y siguientes.

(2) *S. Juan*, 8, vv. IV y sig.

llegamos á recibir el sacramento de la Penitencia, y el mismo: «*Anda y no peques mas en adelante*» dice en su nombre á cada uno de nosotros el confesor. ¿Y qué mucho, señores, que así suceda, siendo Jesucristo tan buen Pastor, y nosotros sus ovejas? Sí: yo soy el buen Pastor, decia de sí mismo Jesucristo (1) y el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Yo soy el buen Pastor, repetia, y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Así como el Padre me conoce á mí, así yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. A vista de tan generoso ofrecimiento: ¿Quién no quiere ser oveja de Jesús? Padre mio y Redentor mio: todos somos ovejas de vuestro rebaño. Vos sois nuestro Pastor: ¡que oigamos Señor vuestra voz, y vuestra gracia no se aparte de nosotros! Pero continuemos, mis amados, con la relacion de los pasos mas notables de Jesús al terminar el tercer año de su predicacion.

Luego que el Señor salió de Jerusalem, caminó por la Judea, no sin haber elegido antes otros setenta y dos discípulos, á los cuales envió delante de él de dos en dos, por todas las ciudades y lugares adonde habia de venir él mismo: y les decia (2): la mies á la verdad es mucha; mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros á su mies. Es de advertir, cristianos, que el Señor siempre hablaba en parábolas ó símiles, y sin ellas no hablaba á las gentes, ó no solia predicar al pueblo, usando de la espresion del evangelista san Mateo en el capítulo y versículos que sirven de tema á este discurso y se refiere en el Evangelio de este dia: (*Hé aquí lo que dice: Aquí el orador podrá, etc.*) «Id vosotros, dijo el Señor á sus setenta y dos discípulos: Yo os envío á predicar como corderos entre lobos.» Partieron, pues, de dos en dos y predicaron por las ciudades y lugares segun y como el Señor se lo habia ordenado. Desempeñada su mision regresaron todos llenos de gozo y digeron á su divino Maestro: Señor (3), hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre. A lo que les respondió Jesús: Yo estaba viendo desde el principio del mundo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago. Vosotros veis que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y todo el poder del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habeis de gozaros, porque se os rindan los espíritus inmundos, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos... Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como tambien oir las

(1) *S. Juan*, cap. 10, vv. XIII XIV y XV.

(2) *San Lucas*, cap. 10, vv. I, II y III.

(3) *Ibid.*, v. XVII y siguientes.

cosas que vosotros ois, y no las oyeron. En este mismo tiempo (1) vinieron algunos, y contaron á Jesus lo que habia sucedido á unos galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de los sacrificios que ellos ofrecian. Sobre lo cual les respondió el Señor: ¿Pensais que aquellos galileos eran entre todos los demas de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no: *y entended que si vosotros no hicieris penitencia, todos perecereis igualmente.* Con motivo de celebrarse la dedicacion del templo, fiesta que estableció Judas Macabeo, fué Jesus á Jerusalem, y estando paseándose por el pórtico de Salomon, le rodearon los judíos (2) y le digeron: ¿Hasta cuando has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesus les replicó: Os lo estoy diciendo, y no lo creis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí. Mas vosotros no creis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen la voz mia, y yo las conozco y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás. Mi padre y yo somos una misma cosa. Al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle. Y Jesus les dijo: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?... Si no hago las obras de mi Padre, no me creais: pero si las hago, cuando no querais darme crédito á mí, dadle á mis obras; á fin de que conozcáis y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Quisieron entonces prenderle: *pero como no era llegada la hora, Jesus se escapó de entre sus manos, y se fué de nuevo á la otra parte del Jordan.*

Por este mismo tiempo (3) se hallaba enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Bethania, patria de María y de Marta sus hermanas: estas enviaron á decirle; Señor, mira que aquel que tú amas, está enfermo. Esta enfermedad no es mortal, dijo Jesus, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado... Despues de pasados dos dias dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Fueron con efecto, y Lázaro ya habia muerto. Las hermanas de Lázaro y los judíos que las acompañaban lloraban amargamente la muerte de su hermano y amigo: y al ver á todos llorar se le arrasaron á Jesus los ojos en lágrimas (4). Los judíos lo observaron, y unos á otros se decian: mirad como le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: ¿Pues este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, no podia hacer que Lázaro no murie-

(1) *Luc., cap. 13, v. 1 y siguientes.*

(2) *San Juan, cap. 10, v. XXIII y siguientes.*

(3) *San Juan, cap. 11, v. 1 y siguientes.*

(4) *Ibid., vv. XXXV, XXXVI y XXXVII.*

se? Finalmente el Señor acompañado de sus discípulos, de las hermanas del difunto y de multitud de gentes, se dirigió al sepulcro y luego que á él llegó, mandó quitar la piedra y levantando los ojos al cielo, y dado gracias al eterno Padre, exclamó con voz muy alta: Lázaro, sal á fuera. Y al instante el que habia muerto salió fuera, dice san Juan, ligado de pies y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Jesus les dijo entonces; desatadle, y dejarle ir. Con esto muchos de los judíos que habian ido en el acompañamiento, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él. Mas otros fueron á contar á los fariseos lo que Jesus habia hecho. Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él... Y (1), desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los judíos, antes bien, se retiró á un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efrem, donde moraba con sus discípulos. Los pontífices y fariseos *como no le veian*, dieron orden de que si alguno supiese donde Jesus estaba, lo denunciase, para hacerlo prender. Así terminó Jesucristo, mis amados, el tercer año de su pública predicacion. De aquí adelante todas fueron disposiciones para consumir el sacrificio cruento que de sí mismo iba á hacer por nosotros al eterno Padre. El tiempo no permite detenerme á indicaros ahora lo que el Señor padeció. Este es asunto que reclama mas despacio. Al presente me limito á exhortaros á que fijéis la atencion en las máximas de vida eterna que Jesucristo nos enseñó para nuestro bien. Su doctrina es invariable: lo que el Señor predicó, predicaron sus apóstoles, y lo mismo predicamos los ministros de la santa Iglesia católica. El Señor se dignó revelarnos las cosas misteriosas que estaban ocultas desde la creacion del mundo. Bienaventurados nosotros, diré yo, apropiándonos lo que Jesucristo dijo á sus discípulos, bienaventurados nosotros que vemos y oimos lo que muchos profetas y reyes desearon ver y oír, y no oyeron ni vieron. Si: nosotros vemos establecida la Iglesia fundada por el Hijo de Dios hecho hombre, somos afortunadamente miembros de ella, y oimos y nos recreamos oyendo y anunciando la doctrina que el mismo Señor anunció al mundo. Pero no olvidemos, mis amados, no olvidemos lo que el Señor dijo á los que contaron lo que Pilato hizo con los galileos: «Tened entendido, *les advirtió*, que si vosotros no hicieris penitencia, todos perecereis.» Sí, cristianos, necesitamos hacer penitencia, nece-

(1) *Ibid., vv. LIII, LIV y LVI.*

